

# Lóbrec

Raúl  
Tame Bárcenas

Departamento de  
Métodos y Sistemas

Viajando en el metro, en el colectivo, en el autobús, entrando y saliendo de la tienda del barrio, muy cerca, sólo a unos pasos, pero en un camino distinto: ella. Él admiraba su esbelta figura, alta y de caderas anchas poseía una abundante y voluminosa cabellera que escondía la forma de su cráneo casi una melena. De tez morena, probablemente mestiza, su lenguaje corporal seguro y sólido, su boca grande con carnosos labios sugería una expresión indecifrible parecida a una sonrisa, sin llegar a serlo.

Tenía un brillo que le hacía destacar entre la muchedumbre, él no podía comprender si se trataba de una cualidad intrínseca de su personalidad o había algo invisible, un faro oculto que la iluminaba. Lo extraño es que parecía no existir para los demás, sus amigos no descubrían su presencia a pesar de su innegable atracti-



vo. Verla le provocaba desasosiego, sin embargo, una fascinación prevalecía en esos encuentros tan cercanos y distantes a la vez, no lograba comprender por qué sucesos aparentemente cotidianos le provocaban tan desconocidas sensaciones nunca había sido temerario, pero quería seguirla, era como estar ante una caverna sin más camino que entrar en ella.

Él era pianista, trabajaba en un bar y amaba su trabajo. Vino, música, tocar el piano lo sumergían en la ingravidez, el am-

Ilustración: Raúl Tame.  
Técnica: Grafito sobre  
papel.  
42 x 29.7 cm, 2018.

biente le era muy conocido, la mayoría de las veces como observador. La gente acudía a escucharlo; la paradoja era que nadie lo tomaba en cuenta, desde su pequeña tarima se sentía como en un cerro, inmóvil ante un paisaje vivo, en un risco ante un mar que acariciaba a todos con su suave oleaje, menos a él. Le agradaba estar consigo mismo mientras tocaba, pero a veces la confortable intimidad de su interpretación mutaba en una profunda soledad, similar al fondo de un abismo.

Encontrarla fue cada vez más frecuente, muchas veces caminando en la calle. Por más que aceleraba el paso nunca la había alcanzado. En una ocasión, llegando al trabajo la descubrió de abrigo largo y abultada cabellera entrando al bar en una noche fría de noviembre.

Mientras la buscaba lo interrumpieron las voces de sus compañeros que lo llamaban al escenario. Las piezas musicales que tanto disfrutaba, ahora daban ambiente sonoro a su incertidumbre. Al fin la descubrió, donde segundos antes creía haberla buscado, estaba allí en una mesa del fondo, de silueta fantasmal, borrosa. El encuentro creó en él, sensaciones vaporosas, más nerviosas que carnales, intensas pero indefinibles. Los labios de ella pintados más oscuros que la oscuridad del lugar, eran como si llenaran el espacio con latidos que cimbraban el aire enrarecido, imaginó besarlos y traspasar esa sonrisa imprecisa, perfecta para su imaginación de foto antigua y oscura, cuya granulosidad la hacía más inquietante. Lo acarició un soplido producto de su imaginación, un vaho que moldeaba su cuerpo, sintiendo que lo predisponía para disolver sus membranas celulares y ser uno solo con ella, llenando ambos el Universo.

Nunca había tenido semejante experiencia; se daba cuenta de dónde partía sin saber con qué parte del cuerpo o del

alma la estaba recibiendo, intentaba descubrir dónde estaba siendo estimulado algún órgano o algún sentido no descubierto aún, un atavismo que no había sido tocado hasta ese momento. No era del todo agradable, una especie de ansiedad le manifestaba algo que podría ser terrible, pero su fascinación lo convertía en un hombre de una sola idea, de un impulso único, como una piedra que se desprendía de la montaña y rodaba cuesta abajo de manera irregular, con obstáculos incapaces de detenerla, pudiendo llegar hasta el fondo o deshacerse en el camino. Tenía que abordarla, conocerla, ser su amante, mitigar los entornos vacíos con el calor de su cuerpo.

Las manos le sudaban, respiraba entrecortadamente, un calor con momentos de escalofrío le devolvía la realidad de su carne. El cuerpo, el alma, el espíritu, la energía, el espacio, nada era suficiente para explicarse lo inexplicable. Era como un sueño que lo alejaba del tiempo y del espacio, de imágenes ininteligibles y sensaciones inconexas.

Lo siguiente que recordaba es que caminaba en la calle brumosa y desolada detrás de ella. El vapor saliendo de su boca se disipaba rápidamente, no así lo nebuloso de su mente. Sintió que le escurría agua sobre la cara, ¿su propio sudor o estaba lloviznando? –se preguntó casi inconscientemente–. Dominado por un automatismo, caminaba hacia un destino que se alejaba a la misma velocidad. Lo inalcanzable lo devolvió a la lucidez y decidió regresar al bar por sus cosas mientras escuchaba sus propios pasos en medio de la soledad helada de la madrugada. Caminando delante de él, moviéndose entre la tenue neblina, increíblemente ¡ahí estaba ella por la ruta de regreso! ¿Cómo puede anteceder mis pasos? –pensó–, ¿cómo puede aparecer reiteradamente en mi camino? Antes de entrar al bar, ella





volteó a verlo con una enorme sonrisa en la cual él creyó haber visto demasiados dientes. –Juega conmigo, es una broma, es la manera de llamar mi atención para crearme expectativas –. ¡Adentro no la encontró! Imaginó que estaría afuera esperándolo, y así era. Sintió la necesidad de seguir siendo el perseguidor, aunque tuvo una sensación fugaz de ser la presa. Esa noche lo vieron perderse por donde nunca caminaba, entre las pequeñas calles del barrio, lejos de la avenida y fuera de su ruta habitual hacia la estación del metro.

Al día siguiente llegó ojeroso y pálido, se veía debilitado, hablaba animadamente, pero de manera errática y tocaba el piano con titubeos. Sonreía repentinamente sin motivo alguno como si se acordara de algo; mencionó a Lóbrec, su novia, su amada, su diosa.

Días después, llegando al bar se dirigió a sus amigos, no estructuraba frases ni oraciones, su labio inferior, casi a punto del colapso y tembloroso, apenas se movía con el movimiento mandibular al tratar de hablar, entre sus visibles dietes inferiores salían confusamente unas palabras: ¡mie-

do, tengo miedo! Sus ojos, agrandados por un reciente adelgazamiento de su rostro, se movían de un lado a otro sin ver a nadie, se notaban irritados y húmedos. El color cenizo de su piel daba poco volumen a su semblante enfermo. Sentado en el banco del piano, encorvado y con expresión de estupidez decía: Lóbrec, Lóbrec. Todos creyeron que había reñido con su pareja.

Pudo tranquilizarse y, ante la sorpresa de los presentes, anunció su presentación como “probablemente su último concierto”. Se puede decir que tocó nervioso pero apasionado, le temblaban las manos, pero se veía suelto, los abruptos contrastes de temperamento interpretativo suplieron errores. El público fascinado lo colmó de aplausos; él respondió con una sonrisa poco entusiasta pero sincera. Al mirar hacia enfrente mostró los ojos aún más enrojecidos, cada vez más desorbitados. Se notaba ausente en medio de la euforia del público, se retiró como si ninguno de los presentes existiera, con una expresión de terror a medida que avanzaba hacia la salida. 🖋️

Ilustración : Raúl Tame.  
Técnica: Acuarela y  
bolígrafo.  
23X30.50cm, 2017.